

LECTURA DE MUESTRA

BRUJA VAMPIRO
(Libro Primero
de la Trilogía de la Bruja Vampiro)

Una novela de
Aileen Sheehan

Derechos de autor 2015 Eileen Sheehan

Impreso en los Estados Unidos de América
Derechos Electrónicos y Digitales en todo el mundo
Derechos mundiales de todos los idiomas

EDICIÓN ELECTRÓNICA
EARTH WISE BOOKS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida en ninguna forma, incluyendo digital y electrónica o mecánica, incluyendo fotocopias, grabaciones o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el consentimiento previo por escrito del Editor, excepto para citas breves para su uso en reseñas

Este libro es una obra de ficción. Los personajes, los nombres, los lugares y los incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan ficticiamente, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Aviso: Algunas partes de esta novela podrían resultar demasiado gráficas, violentas o explícitas para el lector sensible. Está destinado a lectores maduros.

Este libro está dedicado a mis maravillosos lectores. Sus comentarios positivos y su conexión con mis personajes hacen que mi imaginación fluya.

CONTENIDO

PRÓLOGO

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO SEGUNDO

CAPÍTULO TERCERO

CAPÍTULO CUARTO

CAPÍTULO QUINTO

CAPÍTULO SEXTO

CAPÍTULO SÉPTIMO

CAPÍTULO OCTAVO

CAPÍTULO NOVENO

CAPÍTULO DÉCIMO

CAPÍTULO UNDÉCIMO

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CATORCE HIJOS

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVE.

CAPÍTULO VEINTE

CAPÍTULO VEINTIUNO

CAPÍTULO VEINTIDÓS

CAPÍTULO VEINTITRÉS

CAPÍTULO VEINTICUATRO

UN ADELANTO DE VAMPIRE QUEEN

OTROS LIBROS DE EILEEN SHEEHAN

SOBRE EL AUTOR

PRÓLOGO

Han pasado más de cincuenta años desde que se lanzó la bomba nuclear durante la guerra entre el Nuevo Orden Mundial y la Hermandad del Hombre. Algunas partes del planeta sufrieron más que otras. Un número limitado de áreas tuvieron la suerte de ser besadas solo ligeramente por la radiación tóxica que permanecía sobre la superficie de la tierra como una espesa capa de niebla. La mayoría de esas zonas eran remotas y no interesaban a los poderes fácticos. Fueron las ciudades más pobladas las que captaron su atención. La rápida limpieza de estas ciudades fue una prioridad para todos los científicos empleados por la Orden. Las zonas remotas fueron dejadas a los caprichos de la Madre Naturaleza.

A la mayor parte del planeta no le fue bien bajo el ataque nuclear, ni tampoco a su gente. Aquellos que no eran lo suficientemente ricos o conectados como para retirarse a una instalación subterránea cuando se lanzaron las bombas sufrieron una mutación corporal de la forma más grotesca. La vida vegetal y animal también fue mutada o destruida. La comida se convirtió en una escasez tal que la gente comenzó a comerse unos a otros.

Preparado para la devastación que causaría el bombardeo nuclear, el Nuevo Orden Mundial equipó a su ejército con equipo especial y ropa para patrullar la superficie de la tierra a los pocos días de la explosión. Pasaron varios años y muchas vidas perdidas antes de que los mutantes fueran finalmente llevados a la clandestinidad.

Los científicos del Nuevo Orden Mundial estaban listos para utilizar su tecnología para reducir el envenenamiento por radiación en el aire a un nivel seguro. No pasó mucho tiempo antes de que la mayoría de los que se escondieron bajo tierra salieran a la superficie para reconstruir sus hogares y reanudar sus vidas. La ciencia ideó una forma de limpiar el suelo y el agua de la contaminación, pero era costosa y solo se hacía en las partes más pobladas o

valiosas del planeta. Las áreas menores fueron dejadas al lento proceso de limpieza y purificación de la naturaleza. Lo único que no pudieron rectificar fue el daño causado a la capa de ozono. Había que tomar precauciones para proteger la piel y los ojos de los intensos rayos del sol, pero por lo demás pudieron replantar y reconstruir lentamente. Los campamentos fueron mantenidos por el Nuevo Orden Mundial cerca de las entradas al mundo subterráneo de los mutantes. Las batallas estallaban periódicamente mientras la Orden buscaba evitar que regresaran a la superficie y conspirar para tomar el control del planeta.

La Tierra estaba dividida en secciones, con un representante del Nuevo Orden Mundial dictando cada una. Nuestro dictador, Bartholomew Muse, era más joven que la mayoría y estaba ansioso por demostrar su valía mostrando su fuerza y poder sobre el pueblo. Le dio un nuevo significado a la palabra tirano. Esto dio lugar a la rebelión. Muchos dirigieron su apoyo hacia los remanentes de la Hermandad del Hombre.

Mi madre era una de esas personas. Mi padre sirvió en el ejército de Bartholomew y murió en una escaramuza con los mutantes cuando yo era solo un bebé en brazos. Aún más triste que el hecho de que lo perdimos, fue saber que no era un partidario de Bartholomew en su corazón. Sirvió porque no quería atraer la atención y la angustia a nuestra familia de la que sabía que Bartholomew era capaz.

Mi madre no podía ser más opuesta que mi padre. Poseía un lado audaz y rebelde que afloró plenamente cuando le llegó la noticia de la muerte de mi padre. El cuerpo de mi padre apenas estaba frío cuando reunió a un pequeño grupo de rebeldes para luchar junto a ella contra la tiranía de Bartolomé en todo momento. No pasó mucho tiempo para atraer toda la atención de Bartolomé. Se propuso cazarlos.

Tenía ocho años cuando finalmente logró encontrar y matar a mi madre. Estábamos asistiendo a un concierto en Central Park. Mi madre me dejó con mis abuelos mientras se iba a hablar con algunas personas en el lado opuesto del gran green. Recuerdo la forma en que su vestido de gasa blanca acariciaba sus tobillos mientras se abría paso con gracia a través de filas y filas de sillas vacías esperando a un público que todavía se mezclaba en pequeños grupos hasta el comienzo del concierto. El aire era un hervidero de risas y alegría.

Entonces sucedió.

Al estilo típico de Bartolomé, los soldados armados con ametralladoras salieron de la nada y derribaron al menos a la mitad de la multitud antes de que pudieran dispersarse. Era un espectáculo de terror. La gente corría a toda prisa mientras gritaba y caía a mi alrededor. La hierba esmeralda, una vez serena, era ahora un mar carmesí de terror. Me quedé de pie, congelada, mientras observaba cómo el cuerpo de mi madre se desplomaba como una muñeca de trapo mientras las balas golpeaban su esbelto torso. Cuando la embestida se detuvo, ella yacía inmóvil en el suelo. Antes de que pudiera poner mis pies para llevarme a mi madre, el tornillo de banco de mi abuelo me sacó de la escena.

Vivíamos a pocas cuadras del parque de la ciudad y habíamos caminado hasta el concierto esa noche. Mis abuelos deben haber estado preparados para que algo así eventualmente sucediera porque no había pánico ni confusión en sus acciones. Me metieron en un coche que apareció milagrosamente de la nada y me llevaron a una cabaña solitaria en una parte remota y desolada del país que estaba lista y esperando a los habitantes.

Eso fue hace diez años.

Esos años pasaron sin pocos cambios en nuestra rutina diaria a medida que crecía y aprendía los conceptos básicos de supervivencia en nuestro mundo

estéril de mis abuelos. Aparte de lo que pude ver en Internet, tuve un contacto mínimo con el mundo exterior.

Entonces conocí a Geo...

CAPÍTULO PRIMERO

La siempre presente brisa cálida traía un toque de madreselva de las enredaderas que se aferraban al edificio de bloques de hormigón en descomposición. Me puse las gafas de sol en la cabeza y me protegí los ojos del sol abrasador mientras contemplaba la maravilla de un pequeño racimo de mariposas que revoloteaba de una flor a otra. Sus gráciles alas lucían un brillante caleidoscopio de colores que complementaban las ricas flores color mandarina en forma de trompeta. Miré a través del visor de mi cámara y ajusté el anillo de enfoque hasta que tuve una visión clara de una de las obras de arte supervivientes y exquisitas de la naturaleza.

Mi dedo se posó sobre el disparador. Empecé a sudar de anticipación. Escenas de este tipo en esta parte del mundo eran muy buscadas en el círculo del arte fotográfico. Puede que no me ocupe mucho del mundo que rodea a mi pequeño núcleo remoto, pero mi abuelo de alguna manera se las arregló. Tenía todas las conexiones correctas para hacer llegar mis fotos a las personas que pagarían mucho dinero. Lo había hecho varias veces en los últimos años. Lo que comenzó como un hobby se convirtió en una especie de profesión para mí. Nos ayudó a comprar los suministros que no podíamos producir por nuestra cuenta para nuestra vida diaria. Me dio un sentido de propósito y me hizo sentir útil dentro de la estructura familiar.

Me arrepentí del desperdicio de batería que sufrió mi cámara digital debido a las fotos insignificantes que había tomado de la nada aburrida y sin vida durante todo el día. ¿Cómo iba a saber que me toparía con tanta belleza en medio de este diluvio de destrucción? Aposté a que tenía suficiente batería para al menos una toma. Necesitaba tomarme mi tiempo para asegurarme de tener la mejor toma en el primer intento.

Solo un buen tiro, pensé.

Respiré hondo mientras sujetaba mi mano y dije en voz baja: "Haz que cuente".

"¿Hacer que cuente?", pronunció una voz profunda, masculina e increíblemente sensual detrás de mí.

No podía creer mi mala suerte cuando la cámara voló de mis dedos sorprendidos. Cuando rebotó en mis botas de combate, pude oír el clic del obturador al abrirse. Mi único disparo fue desperdiciado.

"¡Estúpido! ¡Estúpido! ¡Estúpido!" Grité mientras me agachaba para recuperar mi cámara e inspeccionarla de cerca.

Efectivamente, la batería estaba agotada.

"Es un placer conocerte a ti también. Mi nombre no es estúpido, es Geordie. Geo para abreviar —dijo la misma voz masculina profunda, a cuyo encanto probablemente habría sucumbido si no hubiera estado tan agitado—.

A regañadientes, aparté mi atención de mi cámara para estudiar al extraño recién llegado. Su largo cabello desgreñado ondeaba por debajo de un sombrero de fieltro de Indiana Jones de ala ancha desgastado y sucio. Parecía que, bajo todo el polvo, sus mechones enmarañados de gruesos rizos se volverían negros como el cuervo cuando estuvieran limpios. Lucía una barba igualmente descuidada que mantenía muy recortada o era relativamente nueva. El hedor de su cuerpo sudoroso bajo un jersey de cuello alto de algodón y una gabardina de algodón impregnaba el aire mientras se inclinaba en señal de saludo.

Se quitó las gafas de sol para mostrar unos ojos marrones intensos, parecidos a los de una cierva, que aún estaban protegidos de los penetrantes rayos del sol por las sombras del ancho borde del sombrero de fieltro. Bailaron divertidos cuando me tapé la nariz y la boca con la mano en respuesta a su hedor.

"Pensé que estaba solo", alcancé a decir mientras prácticamente me atragantaba con las palabras.

"Lo sé", respondió.

Esperé a que elaborara su declaración. Cuando no lo hizo, miré hacia atrás a la pintoresca escena de mariposas y madreselvas con anhelo desesperado.

"¿Era importante?", preguntó.

—¿Quién eres? —pregunté con recelo.

—Ya me presenté —me respondió—, que es más de lo que has hecho.

—Nadie de estos lares tendría que preguntar si una foto como esa era importante —dije con recelo—. "Ellos lo sabrían".

Pensé que si me ponía de pie y me ponía a toda altura, él todavía tenía ocho pulgadas sobre mí. Supuse que medía más de dos metros y medio. Mi cuerpo de cinco pies y cuatro pulgadas era delgado y enjuto, pero no debía ser subestimado. Mi abuelo, que todavía estaba en una condición física fenomenal, se esforzó mucho a lo largo de los años para enseñarme múltiples formas de defensa personal con y sin la ayuda de un arma. Podía derribar a un hombre que me doblaba en tamaño antes de que supiera lo que lo había golpeado. Parecía haber una cantidad considerable de volumen debajo de las capas de ropa que llevaba, pero si llegaba el momento, pensé que podría llevarlo. El hecho de que llevara el desollador de mi abuelo atado a mi pantorrilla aumentó mi confianza. Acababa de afilar su espada esa misma mañana. Decidí quedarme agachado un poco más para asegurar un fácil acceso al desollador si era necesario.

—Tú tampoco eres de aquí —dijo el desconocido con irritada defensa—, así que mantente en silencio.

Nunca había escuchado ese dicho y no tenía idea de lo que significaba.

"¿Mantener el hied? ¿De dónde eres? Insistí.

"¿De dónde eres?", se burló.

Volví a colocar las gafas de sol sobre mis ojos marrones oscuros y almendrados. Era como si pudiera ver a través de la lente oscura mientras bloqueaba sus cautivadoras lentes con las mías durante treinta segundos. Tuvieron que ser los treinta segundos más largos de mi vida. Hizo una conexión que era extrañamente seductora y sentí un aleteo en lo más profundo de mí. Cuando por fin pude, miré hacia otro lado con incomodidad.

De pie lentamente, me colgué la correa de la cámara sobre el hombro y comencé a bajar por el camino de grava a un ritmo justo debajo de un trote. Tuve cuidado de concentrarme en las olas de calor que flotaban sobre el suelo en la distancia mientras esperaba que el aleteo se disipara.

"¡Oye!", gritó con evidente molestia después de mí.

No me di la vuelta.

Para mi agitación, él estaba a mi lado en un abrir y cerrar de ojos. Lo estudié a través de mi visión periférica lo mejor que pude. Lucía la arrogancia de alguien con confianza. Era extraño para un hombre tan desaliñado. Su voz sexy y su mirada seductora fueron rápidamente eclipsadas por su apariencia y hedor.

—Apesta —gruñí—.

"Todos sufrimos este terreno, el calor y la escasez de agua", dijo encogiéndose de hombros.

¿Estaba insinuando que apestaba? Había estado deambulando por el terreno polvoriento durante la mayor parte del día, así que tenía calor y sudor, pero ¿apestaba como él? Quería olerme las axilas o al menos quitarme el polvo de las perneras de los pantalones, pero me negué a agacharme tanto frente a él. En lugar de eso, sonreí y seguí mirando hacia la neblina de calor en la distancia.

"¿Cómo puedes soportar usar todas esas capas?" Le pregunté.

"¿Ves esa neblina de calor más adelante?", preguntó.

¿Estaba bromeando? Por supuesto, vi la neblina de calor. Cualquiera con un par de ojos funcionales podía ver la neblina de calor. Monopolizaba por completo el horizonte.

Cuando lo miré como si fuera retrasado, continuó: "Es como si la zanahoria se mantuviera lo suficientemente lejos como para permanecer inalcanzable. Caminas y caminas y caminas hacia ella y nunca la alcanzas, ¿verdad?"

Gruñí de acuerdo.

—Mal —gruñó—. "Estamos en esto ahora mismo. Es nuestro ozono herido y está en todas partes. Está cargado de rayos UVC. ¿Sabes lo que te pueden hacer?"

"Eso es ridículo", dije con una risita de incredulidad mientras miraba a mi alrededor en busca de señales de la neblina que parecía tan lejana. Si esos rayos estuvieran en nuestro entorno inmediato, estoy seguro de que a mi abuela se le habría ocurrido alguna forma de protección para ellos. Ahora que lo pienso, ella había creado el bálsamo que usaba en mi piel.

"Está bien, tal vez no esté en todas partes", cedió, "pero está bastante cerca de todas partes y lo sabes. Prefiero cocinar dentro de estas capas que freír bajo la embestida de esos rayos. Además, el algodón absorbe el sudor y ayuda a mantener el cuerpo fresco". Me miró de arriba abajo y agregó: "Estás loco".

—El algodón también retiene el hedor —dije en un tono bajo destinado solo a mí—.

No estaba segura de si estaba tratando de incitarme a una confrontación o si realmente pensaba que estaba loca por vestirme como lo hacía. A diferencia de mi nueva compañera, yo lucía jeans holgados desteñidos y una camiseta holgada igualmente desteñida que se completaba con uno o dos agujeros en lugares donde la modestia no importaba mucho. Supongo que si me preocuparan los efectos de los rayos UVC, entonces lo que llevaba puesto sería

completamente inapropiado, pero no me preocupaba. Lo que no sabía era que mi cuerpo estaba protegido con un protector solar casero preparado por mi abuela, que resultó ser una maestra herbolaria. No sabía mucho sobre quién se quedaba practicando la herbología y la magia herbal, pero estaba seguro de que estaba entre las mejores de las mejores. Afirmó que su brebaje era lo suficientemente potente como para protegerme de cualquier cosa que el sol pudiera dar. Lo había estado usando durante más de diez años sin ni siquiera un bronceado, así que claramente, ella estaba en lo cierto. A menudo pensaba en lo desafortunado que era que estuviéramos tan alejados de la sociedad. Podría ganar dinero con la fórmula si ella y mi abuelo no fueran tan ermitaños. Cuando le sugerí que vendiera su protector solar a través de la web como lo hizo con mis fotos, dijo que la entrega sería demasiado complicada. Supongo que tenía razón.

"Está bien, así que te proteges del sol con esa ropa apestosa", refunfuñé mientras hacía todo lo posible por superar el insulto que acababa de lanzarme. "¿Cómo explicas esa repugnante fregona enmarañada en tu cabeza?"

"Puede que no sepa tu nombre, pero ciertamente tengo un buen manejo de tus modales", dijo riendo.

Fruncí el ceño, pero no dije nada. Como yo era un bebé en brazos, se me inculcó que no se podía confiar en los extraños. Cualquiera de ellos podría ser uno de los hombres de Bartolomé. A pesar de que mató a mi madre, el tirano enfermo juró matar también a su descendencia. De vez en cuando me encontraba con un extraño, pero solo de pasada. Nunca se quedaron para intercambiar sutilezas como este personaje estaba tratando de hacer. Estaba un poco perdido sobre cómo lidiar con él. Las advertencias de mis abuelos sobre Bartolomé retumbaban en mi cabeza como una enorme y molesta campana en un campanario. ¿Era este desconocido uno de sus hombres?

"¿Por qué estás aquí?" —le pregunté.

Era una pregunta justa. Estábamos viajando por una de las zonas más desoladas del país. Me había alejado un poco más de casa de lo normal porque estaba decidida a encontrar esa foto que nos diera a mí y a mis abuelos un cojín cómodo durante la mayor parte del año. Si no me hubiera extraviado, probablemente me habría ahorrado su irritante yapestosa compañía.

"Estoy buscando a alguien", respondió.

—¿Aquí? Jadeé de incredulidad mientras miraba a mi alrededor para enfatizar exactamente dónde estábamos.

"Sí", respondió.

"Buena suerte con eso", dije burlonamente mientras aceleraba el paso.

Estaba a unos veinte pies de distancia de él cuando lo escuché decir: "Parece que podrías encajar en la descripción de a quién busco, ¿eres Casey Merker?"

Me detuve en seco.

—¿Qué quieres con Casey? —pregunté nerviosa, mientras me negaba a girarme y mirarlo.

"Ella es a quien busco", explicó con impaciencia.

—¿Por qué? Continué, sin mirarlo.

—¿Eres Casey? —preguntó con recelo. —Creo que sí.

—Yo no dije eso —dije enérgicamente—. —¿Por qué la quieres?

—Si no eres Casey, la conoces —insistió—.

—Yo tampoco dije eso —dije—.

"Casey podría ser el nombre de un niño o una niña, pero me preguntaste si la conocía", dijo.

No dije nada. Me había atrapado con mi propia estupidez. Aceleré mi paso con la esperanza de que se quedara atrás y se diera por vencido.

No sucedió.

Tenía que ser una de las personas más molestas del planeta.

—Realmente desearía que me dejaras en paz —refunfuñé—.

—Dime dónde puedo encontrar a Casey Merker y lo haré —dijo rotundamente—.

—Dime por qué la quieres y yo podría —dije—.

"Es un asunto privado", dijo con vacilación.

"Bueno, entonces también lo es su paradero", solté antes de darme cuenta de que lo había dicho.

Qué cosa tan absolutamente estúpida. No había forma de que pudiera alegar ignorancia de Casey Merker ahora. Me quedaría atrapado con este personaje maloliente y de aspecto desagradable hasta que confesara lo que sabía.

Se encogió de hombros, metió las manos en los bolsillos de los vaqueros holgados y llenos de polvo que abrazaban sus esbeltas caderas y bajó la cabeza como si estuviera atravesando una tormenta. Su lenguaje corporal por sí solo me dijo todo lo que necesitaba saber. Cuando me informó sin rodeos que se iba a quedar conmigo como pegamento hasta que le dijera dónde encontrar a Casey, no fue una sorpresa.

Caminamos en silencio durante los siguientes cuarenta y cinco minutos. Fiel a su palabra, se mantuvo cerca.

Estábamos casi en la carretera que conducía a mi casa cuando decidí que tenía que decir algo para deshacerme de él. Lo último que quería era que supiera dónde vivía. Además del hecho de que mis abuelos prohibían la entrada de extraños en nuestra casa, se sentirían particularmente infelices si yo llegara con este personaje de aspecto desagradable pisándome los talones. ¿Y si fuera un explorador de Bartolomé? Incluso si no era uno de los hombres de Bartolomé, era claramente un chiflado.

—Bueno —me aclaré la garganta—, aquí es donde te dejo.

"Tal vez no me aclaré allí", dijo.

Su tono arrogante se filtraba a través de una sonrisa que rayaba en la picardía, ya que mostraba una hilera de dientes perfectamente formados y bien cuidados. Parecían un extraño contraste con el resto de su apariencia.

"Tal vez no me aclaré", respondí con la misma arrogancia y mucha más autoridad. "Aquí es donde te dejo".

Nos miramos a los ojos una vez más y ese incómodo aleteo en lo profundo de mí regresó. Rápidamente miré hacia otro lado, arrastrando los pies de un pie a otro en un alarde de impaciencia.

Sacó un sobre de dentro de su abrigo sucio y maloliente y lo agitó en mi dirección.

"He buscado a Casey Merker durante la mayor parte de un mes. Estoy hartado, sucio y agotado. Estaba a punto de darme por vencido y regresar fracasado cuando me topé contigo. Al menos la conoces. ¿Puedes ser lo suficientemente decente como para indicarme su dirección? Un largo silencio pasó entre nosotros antes de que él continuara: "Sin tu ayuda nunca la encontraré". Cuando seguí guardando silencio, se encogió de hombros y, en un tono tan profundo que parecía un gruñido, añadió: —Si quieres ser tú quien le diga a Casey Merker que su madre le envió una carta, pero que no me ayudarías a hacérsela llegar, que así sea. Que esté en tu cabeza, no en la mía".

Si no me había dado cuenta de su irritación, la forma en que volvió a meter el sobre en el bolsillo interior de su gabardina y se giró sobre sus talones ciertamente lo dejó claro.

Mi mente se tambaleaba. ¿Mi madre estaba viva? ¿Cómo puede ser eso? La vi morir con mis propios ojos. ¿Había sobrevivido y mis abuelos me habían llevado sin darme cuenta? ¿Era realmente de ella o de algún impostor? El deseo de saber superaba con creces la precaución que sabía que siempre debía tomar con un extraño.

—Soy Casey Merker —grité mientras extendía la mano para coger la carta—. "Dámelo".

Un gruñido furioso consumió su rostro enrojecido cuando se volvió hacia mí y levantó los pies, uno por uno, para mostrar las suelas de sus botas llenas de polvo.

"Me hiciste caminar todo ese camino con estas patéticas botas cuando podrías haberme dicho quién eras desde el principio. ¿Qué clase de persona eres?", preguntó.

La angustia genuina en su rostro causó un tinte de arrepentimiento dentro de mí. Me lo quité de encima rápidamente. Necesitaba mantener la cabeza sobre mí y no sucumbir a cualquier poder que este extraño poseyera en lo que a mí respectaba. Ese aleteo no era normal.

"Muéstrame el sobre", le exigí.

Lo sacó lentamente de su bolsillo interior y me lo tendió para que yo lo viera. Mi nombre estaba claramente escrito en él en un estilo de letra que conocía muy bien.

—Mi madre está viva —jadeé—.

—Lo es —dijo con una sonrisa—, y está esperando a que te unas a ella.

"¿Cómo puede ser esto?" Reflexioné. "La vi morir con mis propios ojos".

"¿Estás seguro?", preguntó.

"Mis abuelos estaban a mi lado", le expliqué. "Todos lo vimos. Recibió al menos diez disparos en el pecho antes de caer. Nadie podría sobrevivir a eso... Nadie. Me sacaron del caos antes de que Bartolomé descubriera que yo también estaba allí.

"Entonces, ¿la viste caer, pero nunca revisaste su cuerpo?", preguntó incrédulo.

—Tenía ocho años —me burlé—, y, como he dicho, la acribillaron a balazos en el pecho. Incluso a una edad tan temprana supe que estaba muerta".

"Sin embargo, no lo era", reflexionó. "Sus padres deberían haber..."

—Detente —interrumpí sus palabras con una orden enérgica—. "Nunca critiques a mis abuelos. Dejar su cuerpo tirado allí para salvarme fue una de las cosas más difíciles que tuvieron que hacer".

Pareció pensativo por un momento y asintió.

—Probablemente sí —dijo en voz baja—.

Con la mano aún extendida, moví los dedos para indicar que quería el sobre.

—Puedo ver el parecido entre tú y tu madre en más de un sentido — dijo con ironía—. Vaciló un instante antes de entregarme el sobre. "Me alegraré de librarme de él", dijo. "La próxima vez que Su Majestad pida voluntarios, me esconderé en la parte de atrás de la multitud. Te lo puedo decir".

—Su majestad —repetí su frase, claramente confundido—.

"Tu madre es la líder de nuestra pequeña sociedad. En algún momento, con el tiempo, llegó a ser conocida como majestad", se ofreció como voluntario. Con un rápido guiño y una amplia sonrisa, agregó: "Eso te convierte en nuestra princesa".

Mis dedos temblaban cuando abrí la carta mientras mi mente trataba de entender la loca historia que Geo estaba hilando. Nada de esto sonaba plausible. Sin embargo, allí estaba yo, sosteniendo una carta escrita con la letra que conocía tan bien como la mía. Era la misma letra que registraba los días pasados en las páginas del diario de mi madre. Ese diario era una de las pocas cosas que me quedaban que le pertenecían. Lo leo casi a diario.

Mis ojos se nublaron mientras consumía ansiosamente su mensaje. Escribió que apenas había sobrevivido a las heridas de bala que sufrió durante la matanza de asistentes al concierto por parte de la banda de Bartholomew. Dada por muerta con el más leve de los latidos del corazón, fue descubierta por una banda de renies y llevada a su ciudad subterránea.

—Renies —musité en voz alta—. —¿Qué son los renies?

"Esa es la jerga para los renegados", dijo Geo. "Después de que la explosión nuclear acabara con la mitad del ecosistema y la Orden se apoderara de lo que quedaba de las tierras, pequeños grupos de renegados se unieron y pasaron a la clandestinidad para escapar de su dominio".

"Conocía los grupos. Mi madre formaba parte de uno. No sabía que se llamaban a sí mismos renies", dije en voz baja mientras continuaba leyendo.

Continuó contándome cómo los renies la nutrieron y cuidaron durante una tortuosa y larga recuperación. Una vez que estuvo lo suficientemente curada, inmediatamente buscó mi paradero. Mis abuelos prepararon una cabaña en una de las zonas más remotas y afectadas del país. Optaron por soportar su solitaria desolación por el bien de mi seguridad, en caso de que algo le sucediera. Conocía la cabaña, pero no su ubicación exacta. Sin darse cuenta de que ella sobrevivía y me estaría buscando, mis abuelos hicieron un trabajo minucioso para ocultar nuestro paradero. No fue capaz de descubrir nuestra ubicación exacta, pero sí se enteró de que estaba vivo, bien y a salvo escondido. Eso fue suficiente tranquilidad para que su mente se concentrara completamente en la tarea que tenía por delante.

Confiada en que estaba en buenas manos, puso toda su atención en retribuir al pequeño grupo de renies por su amabilidad. Ex química de una compañía farmacéutica y maestra herbolaria entrenada por mi abuela, creó formas de cultivar y nutrir su fuente de alimentos y su entorno ecológico. La noticia de la próspera comunidad clandestina se extendió rápidamente y pronto los renies de otros grupos clandestinos encontraron su camino a su pequeña aldea. No pasó mucho tiempo antes de que esa pequeña aldea subterránea se expandiera hasta convertirse en un reino subterráneo bastante grande. Junto con este crecimiento vino la necesidad de orden y de un líder que lo hiciera cumplir. La votación para convertirla en su líder soberana fue unánime.

Los primeros años de propagación del nuevo reino fueron fructíferos y gratificantes. Se mantuvo ocupada desde que se levantó hasta que se retiró y los años pasaron volando. Entonces, un día se despertó y miró a su alrededor al hermoso mundo que había ayudado a crear y se dio cuenta de que no significaba nada si no podía compartirlo conmigo. Me rogó que volviera con ella, con Geo como mi escolta. Me aseguró que Geo era más que capaz de guiarme y protegerme si surgía la necesidad.

Arrugué la carta en mis manos hasta que mis nudillos quedaron blancos. Mi madre estaba viva. Nos había dejado a mí y a mis abuelos luchando en este infierno desolado durante los últimos diez años mientras cuidaba y cuidaba a perfectos desconocidos. Ahora que había terminado de jugar a ser mamá para ellos, quería que volviera. ¿Y mis abuelos? No mencionó que los quisiera con ella. Después de todo el amor y el cariño que había recibido de sus padres hasta el día en que le dispararon, esto fue un verdadero shock. Me hervía la sangre y no porque estuviera a unos cien grados. Sentí que estaba a punto de explotar de rabia.

Geo debe haber sentido mis emociones porque retrocedió una distancia considerable mientras me estudiaba en silencio.

Cuando por fin sentí que podía hablar de nuevo, lo miré directamente a los ojos y le dije con un tono controlado que me sorprendió: "Entregaste la carta. Puedes irte ahora".

—Se supone que debo traerte de vuelta conmigo —dijo vacilante—.

"Bueno, eso no está pasando", le dije, "así que vete".

Me miró largo y tendido y luego asintió bruscamente.

"Si cambias de opinión, estaré acampado en ese verde durante unos días", dijo mientras señalaba en dirección a una montaña en la distancia.

"Necesito una buena comida, un baño refrescante y un poco de descanso antes de volver a empezar".

Estudié la montaña desde donde nos encontrábamos. Había una pequeña mancha visible de verde que parecía ser un claro con vegetación. Conociendo la zona como yo, fue una sabia elección. Gran parte del agua que había en estas partes todavía era tóxica, al igual que el suelo; por lo que las suelas de sus zapatos estaban en el estado en que estaban.

Tuve la suerte de contar con la sabiduría de mi abuela. Sin sus brebajes, habríamos mutado hace mucho tiempo. Esos pequeños parches verdes eran los únicos refugios seguros en esta tierra de destrucción. No tenía idea de por qué no fueron golpeados, pero estaba agradecido cuando me topé con uno, porque no sucedía a menudo.

Mientras se alejaba, se detuvo y se volvió hacia mí.

"Sabes, no todo el mundo es tan tóxico como aquí", dijo antes de continuar su camino.

Sí, algo es peor, pensé.

Me quedé mirando a Geo hasta que desapareció sobre el montículo del camino de tierra antes de dirigirse a casa. Me había calmado lo suficiente como para permitirme pensar con más claridad en las palabras que mi madre garabateaba en el pergamino extremadamente delgado que aún sostenía.

Pasaron otros quince minutos antes de que sintiera la suavidad de la hierba que rodeaba nuestra granja bajo mis pies. Me detuve a inspeccionar la zona. Nuestra cabaña estaba ubicada entre los dos robles que mi abuelo plantó casi inmediatamente después de nuestra llegada. Con la ayuda de mi abuela, crecieron a un ritmo tres veces superior al normal que tendrían si se dejaron en manos de la naturaleza. Su espeso follaje acariciaba el tejado de pizarra que nos protegía de los implacables rayos del sol. Era una vista pacífica y acogedora.

A cien pies a la izquierda de la cabaña y a unos veinte pies a la derecha del cobertizo de trabajo de mi abuelo estaba el invernadero de hierbas de mi abuela con un huerto adjunto. Las ordenadas hileras de plantas, que

prosperaban en el suelo que había tratado para asegurarse de que las toxinas de la tierra no penetraran en él, formaban un lienzo colorido contra la desolación de nuestro mundo exterior. Negué con la cabeza mientras pensaba una vez más en lo mucho que el mundo podría beneficiarse de su sabiduría y habilidades. Ojalá supiera qué hacer para convencerla de que se aventurara y compartiera.

Alisé la carta, la doblé de nuevo a lo largo de sus pliegues y la devolví al sobre antes de meterla debajo de mi camisa en la cintura trasera de mis jeans. Los bordes afilados del sobre arañaban la parte baja de mi espalda como un cuchillo, recordándome su presencia con cada paso que daba.

Mi abuelo salió al porche con un saludo y una amplia sonrisa. Sonreí ante el amor que tan claramente me tenía. Se sentía en marcado contraste con lo que ahora sentía por mi madre recién resucitada. Me llevé la mano a la espalda y toqué pensativamente la carta. ¿Debería decirles que su hija todavía estaba viva?

CAPÍTULO SEGUNDO

Me acosté en mi estrecha cama que chocaba contra la pared de mi pequeño, pero acogedor, dormitorio y me concentré en no vomitar mi cena. Mi conversación con mis abuelos no había salido como esperaba y todo mi cuerpo estaba reaccionando. Practiqué el método de respiración controlada del que mis abuelos eran tan firmes defensores cada vez que ocurría una situación estresante.

No ayudaba.

Estaba a punto de rendirme y dejar que todo se purgara.

Estaba sentado y sosteniendo un balde en mi barbilla cuando escuché una luz golpeando mi puerta. Reconocí el golpecito. Era mi abuela.

Mis emociones estaban mezcladas. No quería nada más que que me dejaran en paz, pero también sabía que la distracción me distraería de la rebelión de mi estómago y posiblemente la sofocaría. Además, no tenía sentido retrasar lo inevitable. Cuando mi abuela se proponía un tema, conseguir que lo dejara era como intentar que un perro renunciara a un hueso jugoso. Exhalé un profundo suspiro; en parte por resignación y en parte para controlar las ganas de vomitar. Puse el cubo en el suelo y le hice señas para que entrara.

Su larga cabellera blanca caía sobre su rostro aún liso y de forma ovalada mientras miraba cautelosamente alrededor de la puerta. Incluso en su avanzada edad, su belleza no podía ser negada. Sus profundos ojos marrones centelleaban con picardía como los de una niña mientras sonreía, esa sonrisa blanca y llena de dientes que yo conocía tan bien.

En su mayor parte, mi abuela era un tipo feliz. Las dificultades que soportamos viviendo en una parte tan remota y barona del mundo no empañaron su inherente espíritu jovial. La nubosidad de su rostro durante nuestra conversación en la cena fue el primer ceño fruncido que recuerdo en mucho, mucho tiempo. Mientras observaba su esbelta figura de cinco pies y

seis pulgadas de altura deslizarse hacia mi habitación con tanta majestuosidad segura de sí misma, me acordé de una reina real entrando en la corte.

—¿Te apetece charlar un poco, querida? —preguntó con dulzura.

Sabía que decir "no" no tendría sentido, así que simplemente asentí.

"Quiero que entiendas la razón por la que oculté el hecho de que tu abuelo y yo sabíamos que tu madre vivía", continuó mientras se colocaba en la silla de gran tamaño junto a mi tocador. "Como sabes, tu madre resultó gravemente herida. Todos vimos las balas entrar en su pecho. Nos dio a tu abuelo y a mí instrucciones claras para asegurarnos de que estuvieras a salvo, en caso de que la mataran. Nos hizo prometer que los seguiríamos al pie de la letra. Cuando la vimos caer, cumplimos esa promesa y te sacamos de allí lo más rápido que pudimos.

No podíamos soportar la idea de dejar su cuerpo allí, ya que sabíamos que se habían visto mutantes en la zona. Tu abuelo mandó a los hombres a buscarlo, pero ya no estaba. Nos tomó casi un año descubrir la verdad de lo que ocurrió. Contemplamos decírtelo, pero eras tan joven y... Bueno, tu madre ya no era ella misma. Sentimos que lo mejor era dejar las cosas como estaban".

—Explicó lo que pasó en su nota —dije con voz entrecortada—.

"¿Lo hizo ahora?", dijo mi abuela con una ceja levantada.

Mi garganta estaba tan tensa por tratar de controlar el dolor que sentía por el abandono de mi madre hacia nosotros -y tal vez el aparente abandono de mi abuela hacia mi madre- que apenas podía tragar, y mucho menos volver a hablar.

"Entonces entiendes por qué pensamos que es mejor seguir como siempre", dijo mi abuela mientras se levantaba para irse.

"Ella sabía dónde estaba y no me quería. Ella no quería a ninguno de nosotros. Nos dejó aquí, en este infierno devastado, mientras vivía en un exuberante reino subterráneo", le dije. "La odio".

Mi abuela se puso a mi lado y me abrazó.

"Tu madre no ha sido la misma desde el tiroteo. Trata de recordarlo. La madre que conociste y amaste ya no existe. Recuérдалa, ámala, pero no esperes que vuelva. Se ha ido", dijo con tranquilizadora autoridad.

"Ella quiere que vaya con ella ahora. Después de todos estos años, finalmente ha decidido que me quiere con ella", me quejé.

"Eso no puede pasar", dijo mi abuela con un movimiento de cabeza y un tono gélido. "Olvídalo", continuó insistentemente mientras me acariciaba la mejilla. "Ahora, descansa un poco. Mañana es un nuevo día y todo será diferente para ti". Cuando empezó a irse, se detuvo con la mano en la puerta y me miró. "Mañana trabajaremos en el jardín. Tengo algunas lecciones nuevas para ti".

— ¿Te pusiste en contacto con ella alguna vez? —pregunté con nostalgia.

"Tu abuelo ha tenido algunos tratos con ella", respondió.

"Dijo que no sabe dónde damos", reflexioné.

— Hay una buena razón para ello, hija mía — dijo —.

"¿Cómo puedes contactarla y mantener nuestro paradero en secreto? No lo entiendo", le dije.

"Hay una especie de campo de fuerza a nuestro alrededor", explicó con reticencia. "Si realmente quisiera encontrarnos, lo haría. Ella tiene la habilidad. Ahora duerme un poco".

La vi cerrar suavemente la puerta y rodar de costado de espaldas a la habitación. Había sido un día largo. La búsqueda de esa imagen perfecta resultó agotadora y ardua. Eso por sí solo habría sido suficiente para agotarme, pero el estrés de encontrarme con Geo y recibir la carta de mi madre encima me puso al límite. Estaba cansada, malhumorada e irrazonable. Probablemente mi abuela tenía razón. Dormir era lo que necesitaba. Mañana era un nuevo día.

La mañana demostró que mi abuela tenía razón. Volví a sentirme yo mismo.

Tenía la intención de destruir la nota de mi madre, pero algo que me molestaba en lo más recóndito de mi mente me detuvo. En cambio, lo guardé en el fondo de mi cajón de ropa interior. Estaba decidido a olvidarlo.

Lo hice bastante bien en mantener la nota y a mi madre fuera de mi mente durante la mayor parte del día. Mi abuela llenaba la mañana con lecciones de botánica, lo que me ayudó enormemente. El mundo de la horticultura, la botánica y la herbología me parecieron muy interesantes. Me maravilló su capacidad para hacer crecer las cosas en un entorno tan barón y decrepito. Nuestro pequeño pedazo de hogar era un exuberante oasis en un vasto desierto de destrucción.

He sido alumna de mi abuela desde que tengo uso de razón. Conozco los nombres y puedo identificar plantas que se extinguieron hace mucho tiempo, aunque no tengo idea de por qué eso sería algo que ella quería que aprendiera. Incluso me enseñó a mezclarlos para resaltar sus cualidades medicinales.

Cuando le pregunté por qué se centró en enseñarme sobre las plantas que se habían extinguido, simplemente se encogió de hombros, sonrió y dijo: "Nunca se sabe cuándo será útil".

Mi abuelo se aseguró de que mantuviéramos contacto con el resto de la humanidad a través de la red mundial. Milagrosamente logró sobrevivir a las dos guerras nucleares menores y una mayor que ocurrieron en el lapso de tiempo de cincuenta años. De hecho, mejoró. Dado que las guerras menores ocurrieron mucho antes de que ocurriera la mayor, dio tiempo a los geeks del

mundo para prepararse y crear formas de salvar o salvar lo que consideraban más importante. La World Wide Web estaba en lo más alto de su lista.

Las comunidades subterráneas con métodos de comunicación y transporte que excedían a los del mundo de la superficie también se crearon después de que tuvieran lugar las guerras menores. Se especulaba que el planeta sería destruido hasta el punto de que la vida no podría existir en la superficie si hubiera una guerra nuclear. Por supuesto, eso no era cierto. Sin embargo, la guerra alteró la composición de gran parte de la vida del planeta. Destruyó o mutó las plantas que no eran lo suficientemente resistentes como para resistir el ataque tóxico. Esto creó un efecto dominó y la mayoría de los animales que permanecieron en la superficie mutaron o se perdieron. A su vez, esto afectó los métodos de supervivencia de los humanos en la superficie, cuyo ADN también se vio afectado por la radiación. No solo perdieron gran parte de su humanidad, sino que recurrieron al canibalismo.

El hecho de que el Nuevo Orden Mundial se preparara de antemano para los efectos que la guerra nuclear tendría en la superficie del planeta y fuera capaz de limpiarlo hasta el punto de que fuera habitable de nuevo en un período de tiempo relativamente corto fue una suerte para los pobres y la clase media que sobrevivieron a la embestida tóxica sin o con poca mutación. El costo de retirarse a un refugio subterráneo que los "entendidos" lograron tener listo era astronómico y algo que solo los ricos podían permitirse. Fue este hecho lo que me hizo sentir curiosidad por mi madre. Estábamos lejos de ser ricos antes de que nos separaran en la batalla, así que ¿cómo se las arregló para vivir bajo tierra? ¿Tenía un benefactor rico? ¿Eran estos renies manifestantes ricos? Como no tenía idea de quién la salvó, no había forma de saberlo.

¿O sí?

¿Podría Geo darme las respuestas que me rondaban por la cabeza? Quería saber cómo sobrevivió mi madre. Su carta dejaba muchas cosas sin

aclarar. Desde donde me encontraba durante la invasión del ejército de Bartolomé, su pecho estaba lleno de agujeros. ¿Cómo es posible que alguien siga teniendo un latido, aunque sea un minuto, después de semejante avalancha de balas? ¿A dónde la llevaron los renies cuando la encontraron? ¿Quién la encontró? ¿Quiénes eran estos renies? ¿Quién la curó? ¿Cómo la curaron? ¿Cómo se convirtió en la reina de una comunidad subterránea? ¿Fue simplemente por sus habilidades con la horticultura y la biología?

Sonreí para mis adentros ante la idea de que alguien fuera etiquetado como Reina. No creía que ese tipo de monarquía anticuada siguiera existiendo. Aparentemente, lo hizo; al menos bajo tierra.

A pesar de lo enojado que estaba por el abandono de mi madre de su propia carne y sangre, sentía la misma curiosidad por ella. Quería respuestas. Necesitaba respuestas.

Sabía que iba en contra de los deseos e instrucciones de mis abuelos, pero tenía que tener estas respuestas. Me acosté temprano y me levanté unas horas antes que el resto de la casa. Empacando algunas necesidades, me dirigí a la montaña para encontrar a Geo. Le di unas palmaditas a mi bolso mientras lo ataba con cuidado a mi espalda. Esperaba encontrarlo en el transcurso del día, pero en caso de que tardara más, tendría un poco de agua, algunos artículos de tocador y una carpa compacta para dormir que me ayudaría a pasar la noche.

Tenía un estómago que rara vez exigía sustento. Debido a esto, no solo me olvidé de desayunar, sino que también me olvidé de empacar comida. Había estado caminando unas tres horas cuando se despertó y me habló. La comida siempre fue abundante en mi casa, así que el hambre no era algo a lo que estuviera acostumbrada. No me gustó la sensación mientras continuaba mi búsqueda de Geo. Si el deseo de saber más sobre mi madre no hubiera sido tan fuerte, habría regresado a casa para una buena comida.

Era temprano en la tarde cuando lo encontré sentado a la sombra de un árbol de follaje espeso en una gran roca cerca de un arroyo claro y lento. Tenía los pies sumergidos en el líquido frío. Estaba tan limpio que casi no lo reconocí. De hecho, si no me hubiera llamado, podría haber seguido pensando que era un extraño al que había que evitar.

Se había quitado el polvo blanco parecido al hollín de su cuerpo. Sus rizos limpios y ricos de cuervo brillaban a los rayos del sol y se había quitado el pelo de la cara. Su falta de esa gabardina sucia y su apestoso cuello de tortuga mostraban una parte superior del torso perfectamente musculada. Sus pantalones estaban arremangados hasta la mitad de sus pantorrillas fuertes y bien formadas. Qué transformación tan increíble. Si no me hubiera familiarizado tanto con su voz sensual por su incesante hablar mientras me seguía el otro día, creo que me habría negado a creerle la misma persona.

"Estás empezando a broncearte", dije incómodo en lugar de lo que quería decir, que era '¡Eres un galán!'

—Ya lo veo —frunció el ceño—. "Esto se siente tan bien que odio volver a cargar con todas esas capas, pero al menos les di un buen lavado".

Me arrastré incómodo bajo su mirada escrutadora. Su perfección magnificó mis imperfecciones hacia mí. Debido a mi aversión a la comida, era escaso ante la agonizante amenaza de ser considerado escuálido. Lo único que me salvó de tal estigma fueron mis caderas curvilíneas y mi busto bien desarrollado. De repente me arrepentí de haber ignorado las súplicas de mi abuela de comer más a menudo y en grandes cantidades.

"¿Por qué no estás bronceado? Eres tan blanco como alguien que vive bajo tierra", dijo.

¡Ufff! Eso era mucho mejor que si me preguntara por qué estaba construido como un espantapájaros curvilíneo con tetas. Sonreí y alcancé la

pequeña tina del brebaje de mi abuela que me había asegurado de meter en mi saco.

"Lo uso a diario", le dije mientras se lo entregaba. "Póntelo con moderación, pero a fondo".

Alcanzó la bañera con un gesto de agradecimiento y la olió como si fuera algo para comer. Levanté una ceja sorprendida cuando murmuró los nombres de algunas de las plantas para sí mismo antes de alisar una fina capa de la sustancia pegajosa por sus brazos y sobre su pecho.

—Hay que frotarlo muy bien —añadí—.

"¿Podrías hacer esto por tu cuenta?", preguntó.

"Nunca he pensado en intentarlo, pero la he visto hacerlo con la suficiente frecuencia como para que probablemente podría arreglármelas", respondí.

"Esto es como el oro, ¿sabes?", dijo mientras sacudía el recipiente en mi dirección para enfatizar.

Lo sabía. Entre la insistencia de mi abuelo en que sería demasiado difícil distribuirlo y el temor de mi abuela de que atrajera demasiada atención hacia nosotros y destruyera nuestro pequeño mundo de vida pacífica... o peor aún, llamar la atención de Bartolomé sobre nosotros... Había dejado de insistir en el tema.

"Necesitaré tu ayuda con mi espalda", dijo con naturalidad mientras me daba la espalda y sostenía el frasco para que yo metiera los dedos en él.

Mis manos temblaban al ritmo de mi corazón mientras cumplía sus órdenes. Nunca había estado tan cerca de un hombre que no fuera mi abuelo. El hecho de que se limpiara tan bien no ayudaba en nada. Percibí el leve olor de lo que fuera con lo que solía lavarse. Olía vagamente familiar. ¿Era incienso tal vez? No podía decirlo con certeza, pero se mezclaba bien con el aroma

almizclado inherente a su cuerpo y me dejó un poco embriagado por un breve momento.

Negué con la cabeza con la mayor indiferencia que pude para despejarla y me ajusté el pelo largo hasta la cintura sobre los hombros para ayudar a camuflar lo que realmente estaba haciendo. Con un suspiro de determinación, deseé que mis manos se estabilizaran mientras aplicaba el protector solar de mi abuela por los anchos y musculosos hombros de Geo y por su espalda cada vez más estrecha. Su piel se sentía sorprendentemente fresca, suave y tersa mientras mis palmas empujaban y amasaban suavemente el ungüento en cada centímetro expuesto.

"Ha pasado mucho tiempo desde que me tocaron", se quejó.

Retiré las manos como si se hubieran quemado con brasas.

—Tómatelo con calma, princesa —murmuró con una risita sexy, como de grava—, no quise decir nada con eso, aparte del hecho de que se sentía bien.

"No estoy acostumbrado a tocar a la gente así", admití.

Examinó lentamente nuestro entorno y más allá, y con un rápido movimiento de cabeza dijo: "No me sorprende". Como si lo pensara dos veces, continuó: "¿Cómo te lo untas todos los días?"

"Tengo un... Oh, no, olvidé mi aplicador", dije con genuina consternación.

Sin mi aplicador, tendría que tener ayuda para llevar el ungüento a lugares a los que no podía llegar.

"¿Eso significa que vienes conmigo?", preguntó esperanzado.

—Vine en busca de respuestas —dije con firmeza—. — Háblame de Sybil.

—¿Sybil? —preguntó con una ceja levantada. —¿Te refieres a tu madre?

"Mi madre murió hace diez años. Esta mujer es una desconocida para mí —le expliqué pacientemente—. "No puedo pensar en una mujer que me

abandonaría durante tantos años sin siquiera un 'cómo estás' como mi madre. Su nombre es Sybil. Sybil Camron-Merker.

"Eso sí que es un bocado", dijo pensativo. "No tenía ni idea de cuál era su verdadero nombre. No es de extrañar que todo el mundo la llame Majestad".

Dejé escapar un gemido y le hice señas para que empezara a hablar.

—¿No preferirías preguntarle a tu madre? —preguntó en voz baja.

Cuando sacudí la cabeza con vehemencia, creí detectar algo en sus ojos. ¿Era culpa? ¿Tristeza? ¿Desaprobación? No sabía lo suficiente sobre él como para estar seguro de la emoción, pero definitivamente había algo dentro de él.

Con un suspiro de resignación, me invitó a sentarme a su lado y sumergir los pies en el agua fría mientras lo martilleaba con una pregunta tras otra. Aunque respondió a cada una de las preguntas que se le hicieron, hubo momentos en que su vacilación me hizo preguntarme si estaba recibiendo toda la verdad o solo una parte de ella.

Descubrí que Geo no era originalmente del pueblo de mi madre. Hasta hace poco, había vivido en la superficie en una de las partes supervivientes del país. Dejó claro que su casa estaba mucho menos afectada y era más habitable que la mía. Era miembro de un grupo que se oponía a los caminos tiranos de Bartolomé. Era un pequeño grupo de rebeldes que atacaba y sabotaba sus actos de tiranía siempre que le era posible. Un día, la banda de rebeldes de Geo cayó en una emboscada. Era el único que quedaba vivo, y a duras penas. Su historia sonaba similar a la de mi madre.

Exteriormente hice una mueca de dolor cuando bajó la banda de su cintura lo suficiente como para mostrarme una marca súper débil que, según dijo, era donde una bala le atravesó el estómago. Luché interiormente contra los celos cuando me informó que uno de los rebeldes que luchó y murió junto a él era su prometido.

Reprendiéndome en silencio por ser ridículo, continué con mi cadena de preguntas. Me dijo que fueron Sybil y un pequeño grupo de sus seguidores quienes lo encontraron y lo llevaron de regreso a su comunidad clandestina. Aunque no lo atendió personalmente, supervisó el tratamiento que recibió. Atribuyó su vida a su sabiduría y conocimiento. Cuando finalmente se curó y se le dio el visto bueno para regresar a su hogar, optó por quedarse y servir en su ejército, ya que parecían estar luchando por la misma causa. Había perdido a sus seres queridos en la emboscada y sentía que no había nada con lo que volver a casa de todos modos.

Geo respondió libremente a mis preguntas sobre cómo era vivir bajo tierra. Explicó cómo sus ojos tardaron un tiempo en acostumbrarse a la iluminación única y sus pulmones en acostumbrarse al aire más denso. Admitió libremente que lo prefería en la superficie y buscó todas las oportunidades para realizar una tarea que requiriera que pasara tiempo en la superficie.

No tenía sentido que siguiera al servicio de mi madre bajo tierra cuando lo prefería en la superficie. Claro, ella curó sus heridas, pero ¿le debía la vida? Le pregunté al respecto, pero permaneció obstinadamente esquivo. Finalmente me di por vencida y pasé a un tema diferente.

Pasamos la siguiente hora más o menos hablando sobre la vida en su hogar natal versus su nuevo hogar subterráneo. Su tierra se libró de gran parte de la devastación que paralizó al resto del planeta, por lo que no tuvieron que reconstruirse ni ajustarse tanto. También escaparon de la terrible experiencia de tratar con mutantes. Me quedé asombrado mientras lo escuchaba contarme sobre el exuberante paisaje y el agua potable que había allí. No fue solo en parches pequeños y esquivos. Estaba en todas partes. No sonaba real, y si era real quería saber por qué no fueron bombardeados por los supervivientes hasta el punto de hacinarse.

Admitió que, aunque muchas de las ciudades estaban abarrotadas más allá de su capacidad, todavía había zonas remotas en el país que aún no estaban desarrolladas. La mayoría de la gente encontró que esta lejanía no era de su agrado o ni siquiera se dio cuenta de que existía. Fue en una de estas zonas donde se ubicó Verso. Con una población de unos mil habitantes, carecía de las oportunidades, comodidades y servicios de una gran ciudad. Las aldeas como Verso a menudo se pasaban por alto como una opción de lugares para vivir, ya que ofrecían pocas oportunidades para el trabajo y la vida social. Dado que Verso era el lugar de su nacimiento, lo prefería al de una gran ciudad y habría vivido felizmente su vida allí.

Continuó describiendo la tierra de mi madre.

Donde la vida en Verso sonaba como el paraíso, la vida en la sociedad subterránea de mi madre sonaba estéril y restringida en comparación. El agua no era naturalmente potable para aquellos que todavía se estaban adaptando a vivir bajo tierra. Requería tratamiento antes de que pudiera ser consumido por los recién llegados. Aquellos que nacieron debajo o vivieron allí durante un largo período de tiempo pudieron tolerar el alto contenido de minerales que contenía, pero un habitante de la superficie recién llegado, como Geo, requirió que se tratara antes de poder ingerirlo. Cuando le pregunté qué pasaría si lo bebiera como lo hacían los nativos, me explicó que el exceso de minerales era demasiado para que su sistema digestivo lo tolerara y lo enfermaba; a veces hasta el punto de vomitar.

La iluminación era artificial, escasa, y sólo se encontraba donde vivía la población principal. Había lugares donde solo las velas o las lámparas de aceite proporcionaban una iluminación limitada.

Mi madre se las arregló para cultivar follaje de todas las variedades, pero nuevamente solo se podía encontrar en lugares específicos. Esto se debió a varias razones. En primer lugar, el oxígeno era un bien preciado que no podían

permitirse el lujo de ahorrar en la vida vegetal. El ambiente artificial no era exactamente propicio para la vida vegetal que cultivaba mi madre y consumía oxígeno de una manera similar a la de un humano, en lugar de como lo haría una planta de superficie. De hecho, los residentes competían por el oxígeno y el agua con las plantas. Mi madre dijo que la situación era un mal necesario. Cuando escuché su descripción de su mundo, una vez más me asaltó la pregunta de por qué querría abandonar la vida en la superficie por eso, pero sabía que no debía pensar que obtendría una respuesta si insistía en el tema.

Como yo era alumna de las mismas mujeres que le enseñaron a mi madre la base de todo lo que sabía sobre horticultura y que la habían animado a ir a la escuela para convertirse en bióloga, admitía que sentía curiosidad por la vida vegetal que ella lograba cultivar en su mundo subterráneo. Geo dijo que era similar a lo que se encontró en su tierra y más de lo que se encontró en las partes del mundo que fueron afectadas por la toxicidad nuclear. Incluso se las había arreglado para tropezar con algunos fósiles de plantas extintas y traerlos de vuelta a la existencia. Me pregunté si alguna de estas plantas era la que había estudiado con mi abuela.

—Admito que tengo curiosidad por todo esto —dije en voz baja—.

"Vuelve conmigo y sacia esa curiosidad", instó.

"No sé si puedo tolerar estar en la clandestinidad de esa manera", admití.

Se tapó los ojos con la mano y miró a lo lejos, hacia mi casa, y sonrió.

—No puede ser peor que aquí —dijo con altiva honestidad—.

Mi reacción inmediata fue ofenderme, pero rápidamente me puse en jaque. Tenía razón sobre mi casa. A menudo me refería a ella como la "axila del planeta" cuando les rogaba a mis abuelos que se acercaran a la civilización. Era ridículo que me ofendiera porque él hiciera un comentario con el que yo estaba totalmente de acuerdo.

Me escuché a mí misma aceptar volver con él mientras me sostenía en una de esas cautivadoras conexiones oculares que hacían que mi cuerpo cayera en picada. ¿En qué estaba pensando?

Claramente no lo estaba.

¿Qué tenía este hombre que me tenía todo retorcido por dentro? Sentí que iba cuando debía ir y cuando debía ir. Era muy difícil mantener la cabeza lo suficientemente despejada como para manejar la situación con precaución. Me había dicho lo suficiente como para despertar mi curiosidad y ahora no sabía si podría evitar seguirlo a casa, incluso si escuchaba esa advertencia persistente en lo más profundo de mis entrañas.

El fuerte gruñido de mi estómago me dio tal color a la cara que podría haber sido confundido con una quemadura solar. Era bien entrada la tarde y todavía no había comido. Además de eso, simplemente había recogido en mi cena la noche anterior. Tenía mucha hambre.

Me ahorró más humillaciones al no decir nada sobre mi bulliciosa barriga. Recogiendo los pies del fresco arroyo, se rió de su piel arrugada por el agua, movió los dedos de los pies y anunció que tenía hambre. Con todo el alboroto que uno esperaría recibir sobre un huésped en una gran casa, me ayudó a ponerme de pie, me ofreció su brazo y me pidió que me uniera a él.

Me costaba mucho caminar tan majestuosamente como podía con mi mano en su brazo cuando todo lo que quería hacer era apartarlo de mi camino y correr hacia el fuego donde un conejo se estaba asando en un asador. Los conejos eran una rareza en estos lugares y se consideraban un manjar. Cómo se las había arreglado para adquirir uno estaba más allá de mí. En ese momento en particular, no me importaba. Mi hambre se impuso a mi curiosidad.

Era casi doloroso mantenerme bajo control. El aroma del conejo asado impregnaba el aire mientras nos acercábamos a su campamento de cocina. Me limpié la saliva que se escapaba por las comisuras de mi boca de la manera más

discreta posible. Si se daba cuenta, era lo suficientemente educado como para no mencionarlo.

Comparar la forma grosera en que le dije que apestaba cuando nos conocimos por primera vez con su cortés ignorancia de mi ruidoso estómago y babeo me hizo sentir pequeña y mezquina. Magnificaba la vida aislada que había llevado. Tenía mucho que aprender sobre cómo socializar con la gente.

—El sol estará en su punto más caliente dentro de poco —dijo Geo bostezando—. "Creo que sería mejor viajar de noche, ¿no?" Aunque me había cocinado el conejo, no se lo comió. Aun así, sus manos estaban grasientas por preparar y servir. Sin esperar a que yo respondiera, se puso de pie, se echó un poco de agua de su cantimplora de viaje sobre las manos y añadió: —¿Duermes la siesta?

No podía recordar la última vez que desaceleré mi cuerpo lo suficiente como para tomar una siesta a la mitad del día. Negué con la cabeza para indicar 'no'.

"Bueno, inténtalo", dijo. "Voy para allá, debajo de ese árbol". Señaló un árbol lleno de follaje que proporcionaría suficiente sombra durante el pico más caliente del sol y luego movió el dedo hacia las rocas detrás de nosotros. "Hay un pequeño saliente ahí arriba que debería funcionar para ti. También debería atrapar la brisa".

Me entregó la cantimplora para que hiciera lo mismo y me limpiara las manos antes de irse a dormir la siesta de la tarde. Me encogí de hombros mientras volvía a colocar con cuidado la tapa sobre la abertura de la cantimplora y la dejaba junto a su paquete de suministros. De repente me di cuenta de que no me había fijado en esta manada cuando nos conocimos en la carretera. Hice una nota mental para preguntarle al respecto y luego me dirigí hacia el lugar que me indicó.

CAPÍTULO TERCERO

El calor del día, el esfuerzo de buscar a Geo y un estómago vacío que finalmente estaba saciado me pasaron factura. Tan pronto como me acosté para tomar la siesta que estaba seguro de que no podría tomar cuando Geo me estaba despertando. Miré a mi alrededor, un poco desorientado.

El sol se había puesto y había muy poca iluminación en el cielo de las estrellas o la luna. Le pregunté cómo pensaba que íbamos a atravesar un terreno peligroso hacia donde fuera, pero decidí guardarme mis dudas. Después de todo, puede que yo no haya viajado muy lejos de casa, pero Geo sí. De hecho, estaba bastante seguro de que simplemente estábamos volviendo sobre sus pasos al mundo subterráneo de Sybil.

A medida que avanzábamos a través de la tierra desolada que me alejaba cada vez más del capullo seguro de mi hogar, estaba agradecido por la escasa visibilidad. Me impidió mirar hacia atrás. Caminamos durante varias horas antes de darme cuenta de que mis ojos estaban ajustados a la iluminación y pude ver formas en la distancia delante de nosotros. Parecían árboles y montañas, pero no podía estar seguro. El suelo que pisamos todavía era tierra de barón sin signos visibles de vegetación. Podría haber sido uno de los oasis de vegetación que siempre estábamos agradecidos de encontrar y que estaba viendo en la noche, o podría haber sido un producto de mi imaginación.

No pasó mucho tiempo antes de que me quedara claro que lo que estaba viendo era, de hecho, una arboleda con un fondo montañoso. Miré a Geo y me sorprendió verlo escudriñando el cielo como si estuviera buscando algo.

Era mi intención preguntar si podíamos descansar un poco y disfrutar de la exuberante vegetación cuando llegáramos a ella. En vez de eso, le pregunté qué buscaba en el cielo.

"Drones", dijo sin rodeos.

—¿Por la noche? —pregunté sorprendida.

"Siempre", respondió con exasperación.

Había oído hablar de los drones utilizados por el Nuevo Orden Mundial para vigilar a la población por mis abuelos, pero sabía poco sobre ellos; incluyendo cómo se veían. El área en la que vivía no se consideraba habitable, por lo que los drones no se molestaron con eso. Le pedí a Geo que me los describiera para poder ayudar a mantener la vigilia.

"Están los grandes drones que monitorean los cielos durante el día y los pequeños que zumban por la noche. Buscamos a los más pequeños. Tienen ocho patas que sobresalen de su cuerpo. Me recuerdan a las arañas de gran tamaño. Donde haya uno, habrá más. Viajan en manadas para que si uno es derribado, los demás puedan transmitir la sede con la información sobre cómo sucedió", dijo con disgusto.

—Una manada de drones —murmuré—. "Suenan ominoso".

—Lo es —dijo rotundamente—.

—¿Significa eso que no podemos descansar más adelante? —pregunté vacilante.

Mis piernas y pies gritaban por las horas de caminata que habíamos hecho.

Me miró y se encogió de hombros mientras decía: "Por un momento... si es necesario".

Fruncí el ceño y no dije nada. Lo necesitaba y no me iban a hacer sentir mal o tonto por ello. Conocía mi cuerpo. Dale treinta minutos de tiempo de inactividad y estaré como nuevo.

Llegamos al oasis en cuestión de minutos y dejamos que nuestros oídos nos guiaran hacia el arroyo que fluía. Me quité los zapatos y sumergí mis pies doloridos en el agua fría. Geo subió un poco río arriba y comprobó si el agua era

potable con un pequeño kit que tenía en su mochila de viaje. Fue. Llenó nuestras cantimploras de agua y luego regresó a mí.

Verlo meter la mano en su mochila de viaje me recordó el hecho de que no tenía la mochila con él cuando nos encontramos en la carretera. Tenía la intención de preguntarle al respecto cuando se sentara, pero, para mi sorpresa, me estiré y me acosté en la hierba blanda. En cuestión de segundos, estaba profundamente dormido.

El sol estaba besando los picos de las cimas de las montañas cuando abrí los ojos. En algún momento de lo que quedaba de la noche había retirado los pies del arroyo y me había acurrucado en posición fetal para calentarme. Sacaron mi manta de viaje de mi mochila de viaje y me la colocaron encima, pero sin nada debajo de mí, el frío húmedo de la tierra contrarrestaba el calor de la manta.

Cuando me di cuenta de que había dormido, cuando solo tenía la intención de descansar los pies y las piernas durante treinta minutos más o menos, me puse en pie de un salto. No solo había dormido, sino que había dormido hasta el amanecer. ¿Por qué Geo había permitido esto? Dijo que no quería viajar durante el día debido al calor. Una ola de emoción se apoderó de mí. Estaba molesta con él por permitirme dormir y molesta por necesitar el sueño tanto como aparentemente lo había hecho. Entonces me sentí culpable cuando me pregunté si el hecho de que me quedara dormido había estropeado sus planes de viaje. Después de lo cual razoné conmigo mismo que nuestro viaje no estaba en realidad en un horario planeado, por lo que no podría haberlo estropeado.

El sonido de los pasos de Geo acercándose cesó mi cavilación. Me incorporé sobresaltado.

"Buenos días, dormilón", dijo con una sonrisa.

Bueno, al menos no estaba enojado conmigo.

"¿Por qué me dejaste dormir tanto tiempo?" —pregunté pensativa.

—Lo necesitabas —dijo encogiéndose de hombros—.

—¿Dónde estamos? —pregunté mientras miraba a mi alrededor.

Había estado en uno o dos oasis durante mis años de aislamiento, pero nunca había estado en algo tan exuberante con vida como este. Podía oler la riqueza de la tierra oscura y húmeda mientras pasaba la mano por gruesas y exuberantes briznas de hierba verde esmeralda. Altos pinos proyectaban sombras en la luz de la madrugada que se mantenía fuerte y desafiante contra el sol implacable.

"Todavía nos queda camino por recorrer", murmuró Geo mientras recogía los restos de nuestro campamento improvisado. "El fuego está apagado, pero el té de agujas de pino aún debe estar caliente. Te puse unas galletas frías".

Me pregunté si estaba equivocado acerca de su falta de enojo cuando, sin detener su ritual de empacar para mirarme, señaló un pequeño grupo de arbustos y me indicó que "hiciera mis necesidades" allí.

Me apresuré a ir a los arbustos para hacer mis necesidades y luego volví corriendo al agua para lavarme, antes de servirme el té tibio de agujas de pino y las galletas frías. Era la primera vez que probaba el té de agujas de pino, así que dudé en llevármelo a los labios. Me sorprendió encontrarlo bastante apetecible. No podría decir lo mismo de las galletas. Tenían un sabor mineral; como si estuvieran hechos de piedra molida. Recordé su comentario sobre el agua y asumí que el sabor era el resultado de regar sus plantas con ella.

Como si me leyera la mente, Geo dijo: "Las galletas fueron hechas para el viaje con granos subterráneos. El agua les da un sabor que notarás, pero te aseguro que están bien para comer".

—¿Lees la mente? —pregunté vacilante.

No es que me sintiera incómodo por el hecho de que mi compañero de viaje pudiera tener la capacidad de leer la mente. Fue el hecho de que no era consciente de esto y estaba nerviosa de que pudiera captar los pensamientos sobre su cuerpo sexy lo que inundó mi cabeza en más ocasiones de las que me importaba admitir. Podía sentir el color subiendo en mis mejillas mientras esperaba su respuesta.

"No hace falta ser un lector de mentes para saber tu reacción al sabor de esas galletas", dijo con una sonrisa. "No fue hace mucho tiempo que mi propio paladar fue asaltado por el sabor. Me he acostumbrado a ellos, pero todavía los recuerdo".

Sonreí con alivio, mientras le aseguraba que no eran demasiado horribles. Agradeciéndole por la comida de la mañana, procedí a ayudarlo con lo poco que me quedaba por empacar.

Tengo que decir que admiré su habilidad y rapidez para montar y desmontar nuestro pequeño campamento. Supongo que eso vino con la práctica. Por las historias que me contó, estaba claro que tenía muchas.

En algún momento durante nuestras paradas, se las arregló para limpiar su sombrero de fieltro de escombros. Estaba encaramado sobre su brillante cabello de cuervo que estaba recogido en una cola en la base de su cuello. Con la protección del protector solar de mi abuela, se había quitado la mayoría de las capas que había usado cuando nos conocimos. Era difícil mantener a raya mi admiración por su cuerpo bien desarrollado. Razoné conmigo mismo que era porque había vivido los últimos diez años con solo la compañía de dos personas mayores que encontraba su cuerpo tan bellamente irresistible. Si las cosas hubieran sido diferentes, seguramente me habría afectado menos.

Con el calor del día acercándose rápidamente, Geo insistió en aplicarme el protector solar en la espalda. A pesar de que usaba ropa, mi abuela insistía en que estaba cubierta de pies a cabeza contra los rayos que podrían invadir el

tejido de la tela. Sin mi aplicador, no tuve más remedio que aceptar su ayuda. Temblé de placer erótico mientras sus fuertes manos extendían sigilosamente el protector solar a lo largo de mi espalda. Cuando llegó a la cintura de mis jeans, jadeé mientras un estallido de placer consumía mi abdomen. Mi cabeza se inclinó hacia atrás mientras me abandonaba a la sensación. Había estado agarrando mi camiseta por encima de mi frente, pero estaba tan perdida en la sensación que olvidé toda modestia y dejé que mis manos cayeran a los costados; dejando mis grandes y juveniles pechos al descubierto.

Un zumbido sin sentido llenó mi cabeza mientras me recostaba contra el sólido pecho de Geo. Podía sentir los latidos de su corazón mientras deslizaba suavemente su mano desde mi espalda hasta mi estómago. La sensación era extraña e increíblemente excitante. Quería que continuara y se detuviera al mismo tiempo.

Su aliento acarició mi oreja mientras movía la cabeza hacia un lado para permitir que sus labios encontraran los míos. Me regañé mentalmente por un comportamiento tan desenfrenado con un hombre que acababa de conocer, pero no hice nada para detener lo que estaba sucediendo. Sabía que era yo y no él quien lo iniciaba, pero no podía controlarme. Era como si una fuerza invisible me impulsara hacia adelante. ¿Qué tenía este hombre que me atrajo hacia él como un imán? En algún lugar en el fondo de mi mente, lamenté que se hubiera lavado la suciedad y el hedor que camuflaban su irresistible belleza y magnetismo.

Su beso fue largo y profundo. Estaba demasiado consumida por las increíbles sensaciones que flotaban y se burlaban de mi cuerpo como para preocuparme por lo amateur que podrían parecer mis besos a este besador tan experto. De eso me preocuparía más tarde. El gemido de placer que salió de lo más profundo de mi garganta cambió el estado de ánimo de un placer lento y sensual a una necesidad dura y lujuriosa dentro de Geo. Era como si se hubiera

encendido un interruptor en él. Ya no contuvo su deseo de tenerme. Sus manos exploraron mi carne de una manera que hizo que mi cuerpo se estremeciera de placer.

El cambio en la atmósfera hizo que mi mente se sentara y tomara nota de lo que realmente estaba sucediendo. Luché dentro de mí sobre qué hacer. ¿Debería evitar que lo llevara al punto de no retorno? Se sentía fabuloso, pero también era peligroso dejarlo continuar. Al fin y al cabo, yo era virgen. ¿En qué momento debo pedirle que se detenga? Esta no fue la primera vez que me arrepentí de no tener amigas de mi edad con las que hablar, pero fue la vez que más me arrepentí. Si hubiera tenido una novia con un poco de experiencia con la que compartir historias, podría tener una mejor idea de qué hacer.

Cuando sus labios suaves y húmedos consumieron mi pecho, tiré la precaución al viento. Nunca en mi vida había experimentado los placeres que creaba su toque y no tenía intención de detenerlo ahora. Sentí la tierra suave contra mi espalda desnuda mientras me colocaba suavemente debajo de él y me abría la cremallera de mis jeans holgados y extremadamente desteñidos. No importaba lo que debía y no debía hacer en este momento. Estaba perdido en un abandono sin sentido.

Me quedé atónita en silencio mientras observaba a Geo salpicar alegremente el agua fresca y clara que el oasis proporcionaba sobre su cuerpo desnudo mientras lavaba los restos de nuestro amor. Me hizo señas para que me uniera a él con sorprendente entusiasmo, pero no pude moverme. Sabía que tenía que hacer lo mismo, pero mi cuerpo se negó a cooperar. Estaba temblando de pies a cabeza y estaba seguro de que mis piernas no me sostendrían si intentaba pararme sobre ellas.

Estaba en estado de shock. En algún lugar en medio de toda esa delicia, una daga de la realidad atravesó. Mi placer sin sentido se quedó en el camino

cuando el dolor penetrante de mis acciones atravesó mi tierno cuerpo. Había oído que la primera vez que una virgen era incómoda, pero nadie me preparó para el dolor sobrecogedor que me consumía mientras hundía su virilidad en los pliegues de mi zona más íntima. De repente sentí todo con aguda precisión y no me sentí bien. Quería que se detuviera, pero sus largos y profundos besos me impidieron gritar la petición. Las lágrimas humedecieron mis mejillas mientras él se dirigía rítmicamente a su pico de placer. Su peso se sentía aplastante cuando mi tierna carne chocaba con la abrasiva tierra cubierta de hierba al ritmo de sus fuertes y esbeltas caderas.

Y se acabó.

El calor del día secó el sudor de nuestros cuerpos casi inmediatamente después de que se alejara de mí y se dirigiera hacia el arroyo. O no estaba al tanto de mi estado o no le importaba. Por la forma jovial en que chapoteaba en el agua, me pregunté si podrían haber sido ambas cosas.

Geo salió del agua conmigo todavía en la misma posición en la que me había dejado. Se sentó a mi lado y se sacudió el pelo con bolitas de agua fría. Lo había soltado para refrescar su cuero cabelludo sudoroso y ahora colgaba flácido y reluciente contra sus hombros.

"Nunca hubiera imaginado que fueras virgen", dijo mientras exprimía el exceso de agua de sus mechones de cuervo.

No dije nada.

"¿Te dolió mucho?", preguntó tímidamente. "Si hubiera sabido que eras virgen, yo..."

—Déjalo ir —dije, mientras me obligaba a ponerme en pie de un salto—

Quería alejarme lo más posible de él. Estaba molesto y no sabía por qué. Tal vez fue por su actitud indiferente sobre algo que me cambió la vida, o tal vez

fue porque estaba realmente molesto conmigo mismo. Yo era quien lo había animado. No era de extrañar que se sorprendiera al encontrarme virgen.

Me dirigí al agua sin importarme el hecho de que todavía estaba desnudo. Cuando vi sus ojos de admiración en mi físico mientras me lavaba, levanté la barbilla con altivez para enviarle un mensaje. Pude captar brevemente la expresión de confusión en su rostro antes de darle la espalda.

Sé que no estaba siendo razonable, pero no pude evitarlo. Esta no fue la forma en que planeé que las cosas fueran por primera vez. Claro, Geo era más que hermosa, pero cejar como animales en la hierba no era la escena romántica con la que soñaba noche tras noche solitaria una vez que me convertí en mujer.

No tenía idea de que me había seguido hasta el agua hasta que sentí sus manos lavando la suciedad de mi espalda. Era amable con sus atenciones, pero permanecía en confuso silencio.